

La venida del Espíritu Santo

Textos de San Josemaría sobre esta escena del Evangelio

03/02/2017

Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar. Y de repente sobrevino del cielo un ruido, como de viento que irrumpió impetuosamente, y llenó toda la casa en la que se hallaban. Entonces se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que se dividían y se posaron sobre cada uno de ellos. Quedaron todos

llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les hacía expresarse. (Hechos, 1).

“La venida solemne del Espíritu en el día de Pentecostés no fue un suceso aislado. Apenas hay una página de los *Hechos de los Apóstoles* en la que no se nos hable de El y de la acción por la que guía, dirige y anima la vida y las obras de la primitiva comunidad cristiana: El es quien inspira la predicación de San Pedro[i], quien confirma en su fe a los discípulos[ii] quien sella con su presencia la llamada dirigida a los gentiles[iii], quien envía a Saulo y a Bernabé hacia tierras lejanas para abrir nuevos caminos a la enseñanza de Jesús[iv]. En una palabra, su presencia y su actuación lo dominan todo.

Esa realidad profunda que nos da a conocer el texto de la Escritura Santa,

no es un recuerdo del pasado, una edad de oro de la Iglesia que quedó atrás en la historia. Es, por encima de las miserias y de los pecados de cada uno de nosotros, la realidad también de la Iglesia de hoy y de la Iglesia de todos los tiempos. *Yo rogaré al Padre* —anunció el Señor a sus discípulos— *y os dará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente*[v]

Jesús ha mantenido sus promesas: ha resucitado, ha subido a los cielos y, en unión con el Eterno Padre, nos envía el Espíritu Santo para que nos santifique y nos dé la vida”.

Es Cristo que pasa, 127-128

“Vivir según el Espíritu Santo es vivir de fe, de esperanza, de caridad; dejar que Dios tome posesión de nosotros y cambie de raíz nuestros corazones, para hacerlos a su medida. Una vida cristiana madura, honda y recia, es algo que no se improvisa, porque es el fruto del crecimiento en nosotros

de la gracia de Dios. En los *Hechos de los Apóstoles*, se describe la situación de la primitiva comunidad cristiana con una frase breve, pero llena de sentido: *perseveraban todos en las instrucciones de los Apóstoles, en la comunicación de la fracción del pan y en la oración* [vi] (...).

No hay cristianos de segunda categoría, obligados a poner en práctica sólo una versión rebajada del Evangelio: todos hemos recibido el mismo Bautismo y, si bien existe una amplia diversidad de carismas y de situaciones humanas, uno mismo es el Espíritu que distribuye los dones divinos, una misma la fe, una misma la esperanza, una la caridad [vii].

Podemos, por tanto, tomar como dirigida a nosotros la pregunta que formula el Apóstol: *¿no sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo mora en vosotros?* [viii], y

recibirla como una invitación a un trato más personal y directo con Dios. Por desgracia el Paráclito es, para algunos cristianos, el Gran Desconocido: un nombre que se pronuncia, pero que no es Alguno – una de las tres Personas del único Dios–, con quien se habla y de quien se vive.

Hace falta –en cambio– que lo tratemos con asidua sencillez y con confianza, como nos enseña a hacerlo la Iglesia a través de la liturgia. Entonces conoceremos más a Nuestro Señor y, al mismo tiempo, nos daremos cuenta más plena del inmenso don que supone llamarse cristianos: advertiremos toda la grandeza y toda la verdad de ese endiosamiento, de esa participación en la vida divina, a la que ya antes me refería”.

Es Cristo que pasa, 134-135

[i] (Cfr. Act IV, 8.),

[ii] (Cfr. Act IV, 31.)

[iii] (Cfr. Act X, 44–47.),

[iv] (Cfr. Act XIII, 2–4.).

[v] (Ioh XIV, 16.).

[vi] Act II, 42.).

[vii] (Cfr. 1 Cor XII, 4–6 y XIII, 1–13.).

[viii] (1 Cor III, 16.)

Volver a "Contemplar el Evangelio con san Josemaría"
